





# MÚSICA PARA MELOCOTONES

MARISA LÓPEZ SORIA



© del texto, Marisa López Soria  
© de las ilustraciones, Alejandro Galindo

© Ediciones DiQueSí

28022-Madrid

[www.edicionesdiquesi.com](http://www.edicionesdiquesi.com)

novedad@edicionesdiquesi.com



Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-949396-7-9

Depósito Legal: M-30641-2019

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid, 2019

Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# MÚSICA PARA MELOCOTONES

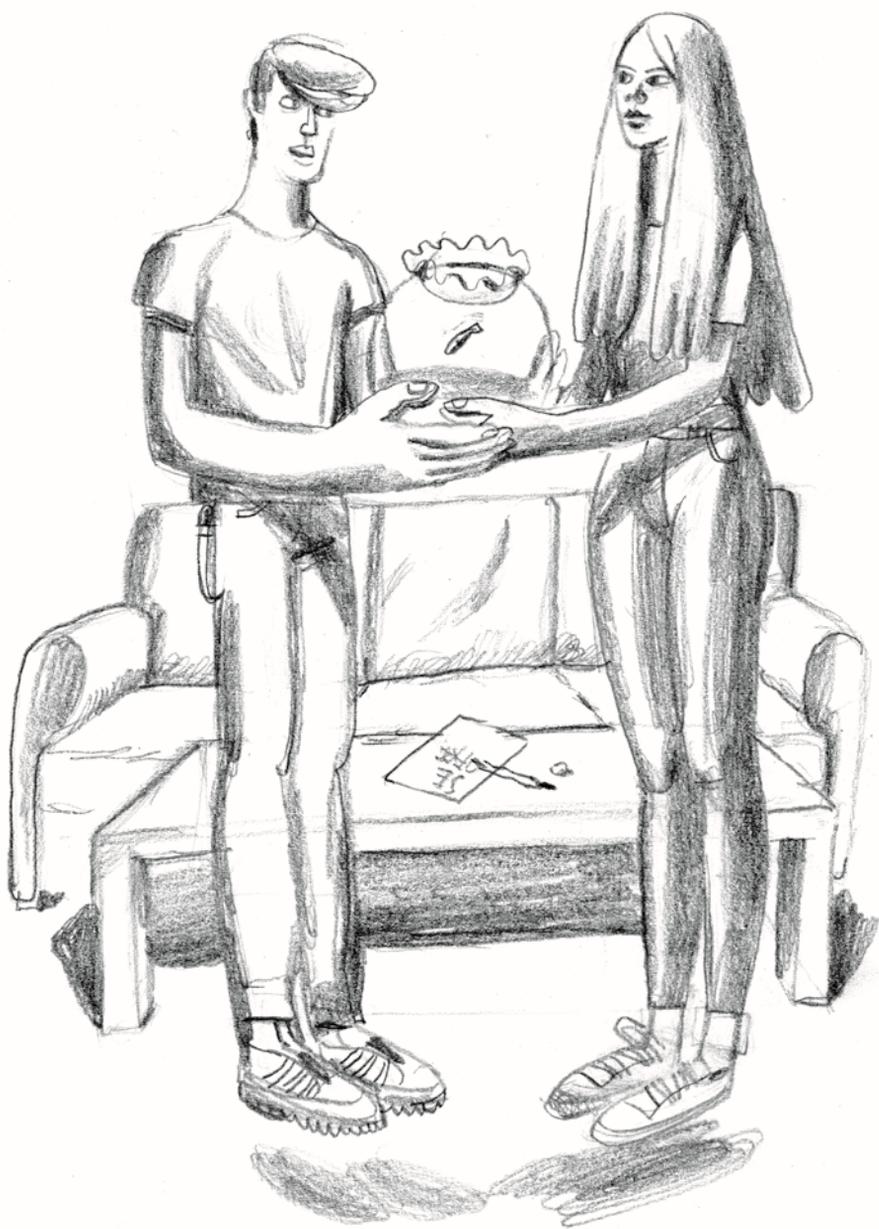


Para los jóvenes leones.  
Y para las leonas.



“No hay nada en esta tierra más digno de apreciar que la verdadera amistad.”

Tomás de Aquino



I

Salva León



# 1. GUPPY Y CIERTAS PERSONAS

**M**e encanta observar a Guppy moverse por el acuario. Y aunque no mola nada ser un pez encerrado en una pecera, mola tener un pez guppy.

Mi amigo Suso fue el que vino con el cuento de que el pez regalo de Cristina era un dos en uno; es decir, Guppy es hermafrodita, que ya sabes, significa lo que significa. Aunque mi amiga Cris cuenta que en la tienda le dijeron que los guppy son un símbolo por reunir en sí ambos sexos, macho y hembra, como tantas otras especies de la naturaleza: lombrices, estrellas de mar, flores o caracoles.

El caso es que mi pez guppy es un detallazo de Cristina por mi cumpleaños. Te apuesto lo que quieras a que para ella, muy cuidadosa en todos los órdenes de igualdad, este regalo vivo y coleando no fue una elección al azar. Aunque le preguntamos y dijo que lo prefirió por lo vistoso, porque

come de todo y da color a mi habitación, o “porque cuidar a otro ayuda a ser responsable”. ¡Cómo es! Ah, y que si quiero conservar el pez así de guapo y con toda su viveza, tendré que comprarle vitaminas.

De todos modos, pica la curiosidad ese mezclado interno de Guppy, ¿es que no? Y si es cierto que tiene órganos femeninos y masculinos, más fácil lo tendrá para ligar y hacerse el interesante. Por no decir que en estos momentos de mi vida me gustaría que todo el mundo tuviera un pez guppy para que se planteara lo de respetar diferencias, porque hay que ver la gente lo que le gusta etiquetar, apartar, separar, y lo sexista que es. Pero sexista, sexista, sexista... Ni te imaginas.

En mis carnes lo sufro.

\*\*\*

Cristina y yo se lo explicamos a Suso porque él, cuando se pone cernícalo, parece un machote del bando contrario.

En cambio mi amiga, tan justiciera, según le pille el día, hecha un basilisco:

—¡Menuda tontería! Me parece marciano ese asunto de apartar por ser una cosa, la otra o incluso las dos, como tu pez, Salva. ¿No os parece?

—Lo que hacen conmigo se llama sexismo —suscribo con disgusto.

—Sexismo, sexismo... ¿Pero eso qué es? —cuestiona Suso para fastidiar.

—¿Te lo digo o te lo repito? —salta Cris—. Sexistas son los que dividen y tratan a las personas de modo diferente según sean chicas o chicos.

—Será porque somos distintos... —refriega Suso.

—Eso nadie lo niega, a la vista está, *melocotón* —se enfurruña la amiga—. Pero qué te parecen esas tonterías de: “¿Eres chico? Pues no te dejo que cuides a mi hijo, tú no sabes”. Ya ves. Me creo que todo esto de separar las capacidades viene de lo mismo: no digas delicadezas, no me vengas con finuras, no vistas de rosa ni te pintes los ojos; si lo haces te señalarán como flojo, de la acera de enfrente o peor. ¿Eres chica? Ahhhh, pues el asunto cambia. Entonces eres dulce y amorosa, tienes instinto maternal y eres tierna, sensible, entregada y hasta algo bobita.

Inaudito. Así es este extremo desde que “monté” negocio con Cristina. Alucino al ver cómo la gente separa la valía del personal según el sexo.

A Cristina y a mí nos tiene muy alborotados eso de que la gente no consienta mi entrada en el equipo de Canguro a Domicilio solo por ser un chico. Eso me hace sentir mal, y nadie tiene derecho a hacerme sentir mal sin mi consentimiento.

—Algunos no se enteran de que el género lo tengo yo entre las orejas —me quejo amargamente.

—Y que el orden de los cromosomas no altera el producto  
—apoya mi socia.

Vale que Cristina es amiga, y aunque lo dice por sólido convencimiento de vida, también apoya mi mosqueo de causa/efecto, ¡vaya que sí! Porque verás lo que a mí mismo me sucedió.

\*\*\*

Pretendía aumentar mi exigua paga.

No como hacen otros colegas, paseando perros o bajando la basura, sino que, aprovechando que me llevo bien con los críos del barrio (se parten de risa con mis historias), pensé que estaría genial lo de hacerme niño-ro, trabajar los fines de semana y aportar un sueldo en casa.

Mi amiga Cris ya lo practica y el negocio le va fenomenal.

¿Por qué no hacer lo mismo? Me puse como una locomotora, contento solo de imaginar la cara de sorpresa de mi madre llevándomela una noche a cenar.

—Madre no hay más que una. Ponte guapa que me voy a *niquelar* y tú y yo nos vamos al *burger*, que invita tu hijo el asalariado.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Excelente la idea de ofrecer mis servicios atendiendo niños/niñas, noches y

fines de semana, en fiestas ocasionales de los padres. Al fin y al cabo soy un tipo sensato, divertido, con los cinco sentidos puestos en la tarea, ¡conque a vivir!

Si no fuera, ay, que también soy un iluso. ¡Vaya maneras de discriminar a las personas humanas, y en especial a mi humana persona!

Empapelé de carteles el barrio en una primera ocasión. Cero éxitos.

Hasta la intervención de mi amiga:

—Anda, Salva, ahora que caigo... —advirtió al vuelo—. Como eres chico, habrá que ponerle esmero a tu anuncio.

Chico, sí, claro, ¿no me ves el *careto*? ¿Y eso qué?

Pues que había que esmerarse. Y mucho.

Cristina y yo nos inflamamos a trabajar elaborando el plan de acción. Se trataba de ofrecer mis servicios, “pero no con esa vulgaridad de ser niño”, dijo ella, sino con un toque de modernidad; esto es, como *baby-sitter*, que es lo mismo pero en el glamuroso inglés que ella domina.

Es decir, ahí estaba yo, Salva, aspirante a canguro, dispuesto a entregarme a la causa y sacrificar mi tiempo libre para vigilar y atender chavales cada vez que hubiera una familia necesitada. Preparado, listo, ¡YA!

Qué estupenda tarea, aunque... ¿qué necesitaba?

Según mi asesora y amiga, necesitaba *marketing* y publicidad.

—Es lo que vende cualquier producto.

De esto, Cristina sabe mucho. Ella, desde el año pasado, gana una *pasta gansa* como guardiana y custodia de niños, así que yo contaba ahora con su inestimable ayuda para encontrar mi propia clientela y salvar así “la dificultad de tu género”, como llamó ella a ese problemilla mío. Al principio puse el grito en el cielo, no entendía nada. “¿Pero esto qué es? —protestaba—. ¿Solo las chicas son afectuosas y fiables por su naturaleza femenina? ¿Saber cuidar y tener sentimientos amorosos es cualidad exclusiva de mujeres?”. Yo no entendía nada.

—Como chico, lo vas a tener crudo... —A Cris no se le escapó la observación cuando compartí con ella mis intenciones. Me di de bruces con el imprevisto de mi anatomía.

Viniendo de ella, *agitadoractivista* y alborotadora sin par, fue la luz roja que me alertó. ¿Era cándida mi intención de hacerme rico cuidando criaturas?

Luego fue a peor, porque resultó que tampoco era del agrado del distinguido público mi edad juvenil (la misma que Cristina, ya te digo, “cangura” de reconocido prestigio en la zona), si bien el mayor obstáculo, para qué engañarse, era el dato de mi sexo masculino y singular. Parece ser que los padres más modernos del mundo no quieren, por nada del ídem, que sea un chico y no una chica la que le cuide a su retoño.

No tiene lógica ninguna siendo como soy, un tierno y responsable joven, dicho sin ir más lejos por mi madre y la abuela Candelaria.

Para que te hagas una idea del calibre de este asunto discriminatorio, absurdo, arbitrario y, hasta diría yo, racista e ilegal a más no poder, tuve que escuchar a mi propia madre. ¡Mi propia madre! Ella también se fijó en mi hombría cuando le anuncié que pretendía trabajar como didelfo mamífero; o sea, como canguro. Lo dijo con inocencia, pero le salió del alma:

—Ah, cariño, ¿sabes si querrán que un chico cuide a sus hijos? —Mi condición orgánica volvió a salir a la palestra mientras estirábamos y doblábamos sábanas—. Bueno, claro, que... eso no debería importar —añadió con buen ánimo, cautelosa—. Seguro que no importa. Ya verás como no —resolvió, optimista como es ella.

En ese momento me hice el impertérrito, pero solo porque me parece una palabra chula. Luego uno reflexiona ante semejantes manifestaciones, de tu amiga o de tu madre y, ojiplático, te lo preguntas: si ellas no lo ven claro, que son de la militancia cargante por la igualdad, ¿cuál no será la realidad más real para el resto del entorno?

Pues ya te lo digo: alguna gente es muy sexista. Y no todos saltan a la vista ni son ejemplares reconocibles al estilo Suso, plan rústico, como es el amigo.

La comprobación de mi teoría llegó tras el primer anuncio: no funcionó ni uno solo... de los cincuenta que redacté y con los que empapelé el barrio.

CHICO RESPONSABLE PARA CUIDAR, PASEAR, TRAER O  
RECOGER NIÑOS Y NIÑAS DEL COLEGIO O SIMILAR.  
PRECIOS ECONÓMICOS.

Ni uno, que ya es decir, triunfó.

No me llames tiquismiquis, pero es que nadie se interesó ni llamó por equivocación; unos comienzos bastante desalentadores, la verdad.

—¿No ves que eres un tío? ¡A quién se le ocurre! —refregó Suso—. Ya te lo advertí.

Hasta que... ¡zas! Apareció Cristina y se prestó a ayudarme.

Hay que reconocer que mi vecina-amiga fue más que generosa al compartir lo que hasta la fecha era su territorio exclusivo. Al fin y al cabo, mi arrolladora personalidad invadiría sus dominios quitándole la clientela que a ella le reportaba pingües beneficios.

La ayuda de Cristina se concretó en lo que ella denomina *marketing-mix*: estrategia de fabricación, distribución y promoción. Parece que tiene que ver con el lanzamiento de un producto y el combinado de medios de que dispone una empresa para alcanzar el objetivo; es decir: colocarme y venderme. O viceversa, que no lo tengo muy claro.

En aquel entonces, ciego de ignorancia, se lo propuse: —Oye, Cris, que si quieres, a mí no me importa... Puedes ser mi socia.

Traducción simultánea: “Cris, ¿te molesta que me pegue a ti como una lapa a ver si me cae alguna migaja?”.

Sin problema. Porque Cristina, aunque a veces parezca un poco *boniata*, también es más buena que el pan.

Ciego de vanidad (subidito a tope y sin abuela), pensé que el toque personal como cuentista que yo aportaría al negocio le daría un plus; cosa de mi estupendo saber hacer, mi simpatía y mi ser óptimo.

Menos mal que Cris es más lista que alta, que ya es decir.